

POEMAS

**José Luis
García Herrera**

<http://garciaj.eresmas.net/>

Verso Bazar 2005 - Volátil

<http://clientes.vianetworks.es/personal/rescoto>

LA EDAD SIN REINO

Amanece desierta la calle de los milagros. (Un niño,
desde una ventana verde mar oliva,
anuncia los capítulos carmesíes del maleficio,
avisa de las grietas en los muros del milenio,
arroja escamas de poemas y lágrimas de tinta.)

Los sueños de púrpura se diluyen entre las páginas
de un volumen manoseado y deslucido
de las Poesías Completas de Machado,
y las viejas postales de turbios aguafuertes
recogen la soledad del viajero en el tren del vacío
que recorre los crepúsculos de ciudades fantasmas.

El tiempo es una espina que se clava entre las uñas,
una tortura que nos aturde y maravilla, bendita condena
a la que deseáramos dar siempre inicio;
pese a que detrás de cada ola rota sobre el espigón
escuchemos el grito de un niño
arrojando poemas desde un faro sin luz, sin cielo.

La realidad no es una neblina pasajera y la calle
amanece desierta de milagros. Ignoro
cuál fue el camino de hojarasca y barrizal
que me condujo hasta la celda del espejo
y me mostró ese rostro anónimo y taciturno
que me niega el don de la derrota;
esa mirada vidriosa que me mira desde la lejanía
con una extrañeza insultante, con una rabia de potro

que rechaza el frío del bocado y de las riendas.

Pero he cubierto la mitad de esta jornada inefable
-la travesía de la oscuridad en el hueco-
con el desvarío del principiante, con las artes del instinto
que siempre nos confunde en la encrucijada, con la voz
estremecida
ante la inmensidad que alberga el lindel de la puerta.

Mi vida es como el aceite derramado de una vasija
que una vez sobre el suelo no podrá retornarse
ni podrá arder para iluminar la umbría esfera de la noche.

Amanece desierta la costa roja de los milagros. Una voz
continúa relatando los nombres de sal y las fechas de óxido;
el agua continúa deslizándose sobre el filo del frío
y un hombre
-consumidas las escalas de la mocedad,
perdidos los legajos donde anotó con paciencia
los jeroglíficos de un sueño de arcilla-
despierta en la rancia antesala de los años sin reino.

AL FINAL DEL BOSQUE

A través de los bosques sólo el instinto nos guía
por el sendero de la fe, por el camino sin trazado
que construimos con paso firme; llevados
por esa mano invisible que desde antiguo nos entrega
confianza para todo camino que hemos iniciado.
No hay certeza de que hallaremos campo abierto
cuando el crepúsculo anuncie su despedida
y reinen las damas enlutadas de la noche. Quizá
-o con total seguridad-
no deseamos llegar a esa explanada
donde se explican -boca en boca- todos los secretos.
El don de la vida, el círculo incompleto de los años,
reside en dar vueltas sobre el corazón del bosque,
descubriendo nuevas sendas, caminos imposibles
que nos exigen un mayor esfuerzo en cada tramo,
un reto continuo por no dejar un palmo de niebla
sin explorar con los ojos cerrados, iluminados
por las luciérnagas del sueño.
El día que se quede atrás la espesura de los árboles,
que desaparezcan los riscos y los barrancos,
habremos cerrado el capítulo de nuestro diario íntimo;
y nada tendremos que entregar cuando nos llamen
los jinetes que emprenden el regreso a los mares:
donde embarcan los que nada temen, ni sufren.

ECOS EN EL HOTEL WILSON

Enfermiza estrena su luz esta tarde. Sólo
el susurro de mi voz resuena bajo las vigas de madera
de esta casona donde el tiempo
-señorial y severo-
amplía el horizonte tosco que define la piedra.
En la habitación pervive un aire místico de leyenda
y en el patio interior todavía perduran
restos de una antigua caballeriza.
Todo fue. Todo ha sido.
Alzo la mirada y sigo la veta irregular de una viga
que cruza de una pared a otra,
como un tendón tenso y furioso
que mantiene en pie la fuerza de un destino,
la esencia de un instinto.
La luz, somnolienta, deposita sobre la mesa
un cartapacio de ecos, de sombras escurridizas,
de alguna cuchillada en un rincón violento
o un rufián que galopa sobre las tejas del miedo.
Todo fue una vez como ahora. Un huésped extranjero
se asomó a la baranda del patio y contempló,
a través de la distancia que acuñan los ojos,
como la luz de la tarde se hundía entre los viñedos
y la noche descargó sus barricas de estrellas
sobre un mar de hielo azul cobalto.
Todo ha sido historia sobre historia y huella viva
que mantiene eterna la fe de la pisada, que transmite
el fuego de una entrega para que otros viajeros,
sobre el mapa invisible de los sueños,

recuperen el tesoro de esta luz enfermiza
que nos devuelve a la vida el sabor de la añoranza.

ELSINORE

La lluvia, el viento y la cruzada del tiempo
ya han juzgado los hechos sucedidos
una noche sombría de muerte y de duelo.
La piedra levanta, entre tapices de hiedra,
el escenario crudo de la rutina. Desolación
escrita con el arte frío y rotundo de la espada
sobre la carne que atesoró el poema infinito
de los jinetes que huyen a través del espejo.
Un eterno dolor preside la niebla de esta sala,
la sangre seca que grita el horror de la afrenta:
el teatro tosco de la traición y el veneno
que invadió los páramos de una vida inocente.
Hielo incuban el recuerdo de mis palabras,
las noches cabalgando sin rumbo en busca de fortuna,
en la inmensa oscuridad de la promesa rota,
en la tinaja oxidada donde reside la flor del vino.
Acuño en cada piedra que rozo el símbolo de la traición
y mi alma arde en las cuevas del infierno.
Vengo a morir en las ruinas de Elsinore,
en su torre más alta, en el lado norte, allí
donde el corazón llora como un niño sin madre
o un arpa muda copia las líneas de la lluvia.
Quizá otros relaten el episodio que no supe borrar
de mis ojos; otras voces eleven justicia
por quien juré fidelidad hasta su último aliento.
He venido a morir a esta tierra de muerte.
Ojalá Hamlet perdone mi falta de hombría.
Horacio soy. Elsinore también fue mi cárcel.

ESTACIÓN DE INVIERNO

El chasquido de unos tacones labra en esta noche
su maldición de fuego. Los secretos,
esas nubes oscuras que ennegrecen el alma,
amanecen con un matiz agrio de ruptura
si el tren anuncia retraso en su partida
y el café rehúsa calentarnos.

El desamor descubre su hábito de espuela. El humo
de doce cigarrillos fumados sin tregua
traza una frontera insalvable y las manos
mesan las crines talladas sobre un dolor de espuma.
Las agujas del reloj quemán y el tiempo
amenaza con quebrar la cerbatana de los besos,
bendecido por las lágrimas insomnes de una joven
vaciándose en la miel de los enjambres.

No sabrán las manos desenlazarse en el punto final,
ni las palabras sonarán huecas y distantes,
ni habrá nadie detrás de los cristales
agitando los abanicos del vacío, el adiós
que alarga el temblor de los raíles
en una gélida noche de diciembre. Una guerra
no se gana sin descifrar el temor al día después
ni el áspero sabor de la victoria.

Bajo la luz del horizonte se pierden las palomas,
una campana anuncia la hora del regreso, piden oxígeno
las palabras empantanadas en el pecho. El sol
bautiza nuevamente las curvas de los labios,
las intrigas de una carne
atada a un compromiso que no vela razones.

Una alfombra de papeles y colillas
ahoga el chasquido de los pasos que regresan.
Amar es una entrega sin vencedor o vencido. Morir
es distinto.

LABERINTOS DE AGUA

Aquí, hoy, en penumbra,
me he quedado dormido sobre la alfombra,
acodado en los libros, incapaz de percibir
los límites de la realidad o de la luz
que acepta en la noche su fracaso.

¿En cuánto soy conciencia de mí?
Soy carne, sí. Remolino interior
de feroz diálogo, utopía trascendente
que usurpa las sílabas de fuego y resucita
los temores escritos sobre el agua.
Carne, sí. Turbia carne de invierno, húmeda
en su fundamento de golpes, desbrozada
en su regreso a las playas más cercanas.

Y he llegado a hombre con las escasas frases
que estampa la madurez: traficando lunas
en mis párpados inconfesables, sin más tinta
que la vertida en las copas del engaño,
con la hora triste de las despedidas, con el vacío
que dejan en la boca las uvas del exilio.

Trazan los labios las ataduras a las palabras,
al estanque rojo de la biografía
que suma memoria a los fragmentos de este dolor
de vida escapándose a través del tiempo. El tacto
confirma que somos flor de hoguera y precipicio.

Ayer fuimos tierra.
Ahora somos barro.
Mañana quizá... agua.

Es de noche y el mar labra con su repetida voz
los dominios de la niebla ronca y las huellas borradas.
¿Iré tras de mí, persiguiéndome desde la infancia?
Resido en la furia de las olas y los templos de la sal
sin más horas que las que puedan contar mis manos.
Cierro los ojos. En la habitación del sueño
-dentro, muy dentro de mí, lejos-
un niño dejó el perfil de mi nombre, la agenda
de una vida que avanza hacia la muerte, la soledad
que abrazo bajo la noche cerrada, el memorial
del agua que huye entre los laberintos del tiempo.

Abro los párpados y me hallo pequeño, arrodillado
frente a un libro escrito con sangre y distancia,
inmóvil en la hora donde todo está dicho y vivir
es la cruda tarea de ir sumando años.

El hombre es una red de ríos y de puentes.
En su legado brinda la enseñanza de los días
que fueron fuego en la carne y fueron lluvia
en las tierras del alma y en las plazas del corazón.
No todo será pasto del olvido. Un verso quedará
navegando sobre las aguas de la eternidad.

Aprenden mis manos a ordenar el silencio.
Soy hombre. Nací con la lágrima del perdedor,

con la voz sellada sobre la herencia de la sangre,
con el deseo de no ser tiempo perdido y abrir
caminos sobre mares que escapan de la muerte.

Como hijo de la tierra escribiré mi destino.
Mañana seré arena bajo el agua.

NOTA DE UN SUICIDIO

Vengo de un camino hacia el agua. Vengo
y sé que estuve allí, que siempre estuve allí,
fijo y anclado entre las rocas, como el mástil
de una nave embarrancada.

Vengo a recorrer el retorno, a evocar las horas
que jamás tendré; días y días
escritos en los archivos frágiles de la memoria.

Llego para quedarme en el adiós, en la brisa
que mueve las hojas de un libro, en la fotografía
donde el tiempo fracasa en su desgarró,
en la sombra de mí que duerme en la arena.

En los espejos del agua me reencuentro. Soy
un rostro turbio tras los cristales de invierno, náufrago
de esa historia amarilla que me duele
cuando miro hacia atrás y nadie con mi nombre
me habla de aquellos años escritos con la rabia
de quien tuvo a la vida por aliado.

El camino acaba aquí. En el mar de los crepúsculos.

En el atardecer abro mis brazos
y me arrojé al agua.

La eternidad es más dulce
bajo el agua salada.

ORACIONES AUSENTES

Recordaba, con temor, las hirientes sombras
arrojadas sobre el mármol, aquellas nubes
extendidas sobre el fugaz destello
de unos ojos húmedos que jamás olvidarían.
Un excesivo ahogo, una ruda lentitud
confirmaba los andamios del invierno, el sello aromático
del fango recién estrenado, la repetida experiencia
de hundirse en uno mismo
cuando la luz busca el suicidio o la lluvia
enciende los tejados.

Recuerdo

(los labios en el agua, la tarde entre las ramas)
el vibrante silencio de mis pasos, el vínculo secreto
que unía mis extremos a una tierra ingrata
cuyo lecho hería -con voluntad de fracaso- los años
que perdían con orgullo lo estéril de mis fuerzas.
Era la soledad el hábito del gozo, la veda
a una lejanía que minaba los latidos con el regreso
a la intimidad de las calles estrechas, al húmedo reino
de los jardines, al insomnio de inesperados corceles
sujetos a la noche por la pasión de la aventura.
Recuerdo aquellas descarnadas confianzas, el trémulo encuentro
con la indecisión, una salvaje impaciencia
por destruir las fechas y dispersar ciegamente
la trampa del anhelo, el barro que calla en mis ruinas,
la minuciosa espera tras infundados vidrios de luz
aleccionados a retener mi espeso corazón blanco.
El invierno descargó su eternidad.

PROMESA INCUMPLIDA

Olvido renunciar cada tarde a mi ley de ausencias
y mi boca de almendras reitera el paisaje
de los versos escritos con óxido de hierro.
Como una venda de hojas pisadas en la arena
la noche cierra sobre mí el conjuro de la marea
y la promesa, ya incumplida,
torna a ser promesa cuando descifro en la luz
mi cuerpo de sabor salado
y aúllo alborozado frente al concierto repentino del agua
que llega con la furia tenaz del aguacero.

Mas no es la mar lo que busco cuando desgarró mi carne
y me desgarró tras la córnea agrietada de las rocas.
Nada hay más ajeno a mí que yo mismo.
En un tramo de silencio mortal
abandono el sepulcro grave del océano
y me alejo -¿qué huellas pondrá la muerte?-
con la camisa sobre los hombros
y la tristeza serigrafiada en un rostro
que amenaza ruina permanente.

Carece de sentido castigarme con la blancura
de las paredes encaladas,
o pasear a contraluz entre la austera muerte de las barcas,
o golpearme los nudillos contra la quilla verdosa de mi derrota.
Cada tarde escribo un verso y arrojó una botella al mar;
y cada noche
acudo al mar a recogerla,

incumpliendo la promesa de ser fiel a mi destino
y prometiendo llamarme a grito en fuego
cuando huyen los ángeles de hielo,
cuando amanece.

YENDO

o el inagotable ámbito de la edad

El don de la sed quema en la punta de la lengua
y armoniza su compás con la sal de la retina.
¿Deberé echar cerrojos a la certeza del mar
para ascender al absoluto engaño codiciable
de perpetuarme en hombre?
¿Amanece filtrándose la luz en los sótanos?
Me pierdo en la imperiosa simiente de las señas.
Entablillando las horas de mudanza percibo
una hoguera de irregulares formas, una llama de lid
que emana en el instante
de uncir los conjuros y pastorear los miedos;
edad fugitiva que ha de marcar al hierro
la zozobra de las sombras. Edad
gloriosa en los yerros del corazón, en los capítulos
añadidos al remolino de una nueva crianza.
Regreso quedamente hacia mis ribazos, asumo
la agitada culpa de quien incumple el turbión de sangre,
de quien roza el perfume de las piedras
y tiende los brazos esperando los talones de la ola.
¿Seré deudor de estas ropas que eluden el compromiso
y cubren, inmensas, los mugidos de esta piel? Nacer
no es relieve entre dos ríos.
Cuando amanezca reavivaré las favilas corpóreas
que inflaman los cordajes del brazo vertical,
defensor del áspero tesón de mis iniciales

liberadas en una epopeya escrita entre cinceles.
... yendo hacia el oleaje con el estruendo de las ruinas.